

**LA COMUNIDAD DE PRINCIPIOS
ORGANIZATIVOS DEL TEXTO Y LA ORACIÓN (*)**

Enrique Bernárdez

Universidad Complutense Madrid

En los principios de la lingüística textual se intentó asimilar el estudio del texto a los estudios gramaticales; más aún, la lingüística textual moderna surge en buena medida como un intento de expandir hacia el ámbito textual los métodos de estudio gramatical que por entonces, en los primeros años 70, estaban caracterizados por un optimismo que enseguida se demostró injustificado. La sintaxis se consideraba como el núcleo principal del lenguaje y las herramientas formales entonces disponibles parecían permitir la consideración del texto como una macrooración: de ahí las gramáticas textuales, las gramáticas de la narración, etcétera, resultado de la aplicación a una unidad nueva de los métodos utilizados para otras unidades tradicionalmente objeto lingüístico y gramatical.

Los resultados no fueron nada halagüeños, como bien sabemos, y se pasó al extremo opuesto: el texto es totalmente distinto a la oración y los objetos lingüísticos inferiores a ésta, de modo que se hacía imprescindible utilizar métodos de análisis y descripción radicalmente diferentes. Esto llevó a que los modelos gramaticales eliminaran el texto de su ámbito de intereses, como sucedió con el generativismo a pesar de algunos primeros intentos; otros proponían la posibilidad, en principio, del estudio conjunto aunque, a decir verdad, no se llegó nunca a una integración real si bien algunos modelos la permitían claramente, muy en especial el modelo *Sentido - Texto* de Jurij Apresjan e Igor Mel'cuk (cfr. Mel'cuk) y Zolkovskij 1970; Apresjan 1974, trabajos en los que se introducen el modelo y su fundamentación semántica, respectivamente); estos importantes trabajos carecieron de la trascendencia debida porque, entre otras cosas, se adelantaron demasiado a su tiempo. Otros intentos prometedores más recientes, como la gramática asociativa de Jurij Karaulov (1993) no llegaron siquiera a la arena internacional.

(*) Este trabajo ha contado con el apoyo de investigación DGCI y T PS 91 - 0014.

Todo ello resultaba más claro aún teniendo en cuenta que ambos niveles se entendían como correspondientes a dos ámbitos del lenguaje considerados entonces irreconciliables: el de las estructuras gramaticales, digamos la *langue* saussureana, la *competence* de Chomsky, etcétera, frente a la *parole* o *performance*. Más allá incluso, la gramática era cuestión del hemisferio cerebral izquierdo, mientras el texto se procesaría en cuanto tal texto en el hemisferio derecho. Desde este punto de vista, la diferencia entre texto y oración resultaba inevitable. Pero recordemos: al principio se intentó ver texto y oración de manera unificada y solo cuando los ensayos resultaron frustrados se pasó al extremo opuesto, a poner de relieve la diferencia radical que los separa. Y durante años, la lingüística siguió centrada en el estudio preciso, generativo en términos amplios, de la oración; esa precisión era imposible en el texto, y la lingüística textual gozó durante ese tiempo de una consideración de segundo orden, pues sus descripciones no eran predictivas sino a posteriori e incluso habitualmente *ad hoc*, solamente imprecisas y aproximadas, si acaso probabilísticas.

Sin embargo, el fracaso no fue completo: en ciertos casos sí que resultaba posible estudiar *ciertos* textos en forma bastante similar a la oración; por así decir, podríamos establecer gramáticas para *ciertos tipos* de texto, pero no para otros, aunque incluso en estos casos esas gramáticas textuales resultaban muy diferentes a las oracionales, por su precisión muchísimo menor.

Por otro lado, la lingüística textual fue avanzando en una dirección que llegó a mostrar considerables similitudes con el desarrollo de la lingüística centrada en la oración, aunque esto no fuera así en todos los modelos textuales. Así, en ambos terrenos se fueron haciendo planteamientos netamente cognitivos (Rickheit & Strohner 1992; Rickheit (ed.) 1991; Bernárdez, 1995; Adam, 1992; etc.). Sin embargo, pese a esa proximidad de los planteamientos teóricos, texto y oración siguieron netamente separados, algo que ha causado problemas incluso en ámbitos tan aplicados y cotidianos como la reforma de la enseñanza de la lengua materna (Bernárdez 1996), donde el salto entre la gramática y los nuevos contenidos lingüístico-textuales parece insalvable.

Un motivo fundamental para estos problemas es que no existe isomorfismo entre texto y oración. Parte del avance de la lingüística durante este siglo ha consistido en la identificación de relaciones isomórficas entre unidades de distinto tipo o, más en general, entre objetos lingüísticos diferentes; de ahí la posibilidad de estudiar en forma integrada el significado léxico y el gramatical, las estructuras sintácticas y las morfológicas, éstas y las fonológicas o las semánticas,

etc. La existencia de métodos formales unitarios para los más variados fenómenos del lenguaje es consecuencia de ese isomorfismo.

Pero antes de continuar, recordemos la definición del término. *Isomorfismo*, desde el punto de vista matemático, es:

Una proyección biunívoca de un sistema algebraico sobre otro, que muestra que los sistemas poseen la misma estructura abstracta (*Chambers Science and Technology Dictionary*, 1988).

Podemos identificar una misma estructura abstracta en los elementos sintácticos de cualquier nivel: el llamado *X-bar schema* (esquema de la X - barra) de la teoría generativa de Principios y Parámetros (Principles and Parameters) representa esa identidad, que alcanza también a los ámbitos morfológico, fonológico, etcétera. Existe, pues, un isomorfismo representable formalmente y que permite establecer una relación clara entre, por ejemplo, la organización sintáctica de la oración y la morfología de tal manera que, por ejemplo en las lenguas polisintéticas, la estructura del verbo es isomórfica con la estructura de la oración en lenguas de otro tipo (cfr. Foley 1991; Baker 1988). Y ahí es donde las cosas dejan de funcionar cuando pasamos al nivel textual. Los intentos de aplicar al texto los métodos de estudio de la oración, por ejemplo los sistemas de reglas, chocaban con la presencia de estructuras irreconciliables, es decir, *no isomórficas*.

Sabemos, por otro lado, que la disponibilidad de métodos científicos de estudio ha resultado determinante en la selección de objetos lingüísticos que podían afrontarse, así como para las formas mismas en que se realizaba el estudio; podríamos decir que, más que buscar la metodología adecuada a las necesidades del objeto "lenguaje", se ha operado en dirección contraria: los métodos utilizables, ya establecido fuera de la lingüística, han determinado las partes del lenguaje que podían considerarse objeto de estudio científico; el ejemplo más radical es sin duda el generativo chomskyano.

Pero desde un punto de vista teórico general podemos esperar que exista algo común a nuestras dos unidades; sobre todo si partimos del presupuesto de que no tiene por qué existir una diferencia radical entre estructuras y uso, presupuesto compartido por los enfoques funcionales, los cognitivos y otros muchos. Ciertamente, paralelismos entre gramática oracional y textual, entre la estructuración sintáctica y la textual, fueron identificados por algunos autores que actuaban fuera de lo que podemos llamar tendencias lingüísticas dominantes.

Mencionaré solamente, porque se trata de un ejemplo de especial interés para mis fines aquí, el estudio semiótico de la narración, de Greimas a la narratología estricta, pasando especialmente por la versión que da ese estudio realizaron algunos autores de la Escuela Semiótica de París, como Jean Petitot o el danés Per Aage Brandt, que aportaron una visión programática del lenguaje desde el signo lingüístico hasta el texto en su integridad pasando por las estructuras gramaticales, a partir de propuestas del matemático René Thom.

Brandt, por ejemplo, presentó de manera unificada conceptos semiótico-narratológicos como los de *agonista* y *antagonista* aplicados al nivel textual y al gramatical como estados estables opuestos en una superficie de catástrofe; igualmente, las diferentes trayectorias dentro de una dinámica catastrofista se reflejan en fenómenos diversos en los diferentes niveles. Más en general, está claro que los *arquetipos* identificados por Thom en las catástrofes elementales sirven para la fundamentación de los *casos* o las *relaciones semánticas* (para seguir la terminología de Dik) en el nivel textual y el oracional indistintamente, justificando incluso la limitación de los argumentos verbales en la oración a un máximo de cuatro, mientras que su número es ilimitado en el texto (caracterizable en términos de catástrofes generalizadas, mientras que las oraciones corresponden solamente, por las limitaciones de las capacidades cognitivas humanas, a las catástrofes más elementales, hasta la de *mariposa*) (cfr. Wildgen 1994 y otras obras suyas anteriores).

Por otra parte, un concepto básico de la lingüística cognitiva como es el de *prototipo* encuentra aplicación prácticamente idéntica en todos los niveles: el léxico, la gramática y el texto (Adam 1992, Bernárdez 1995; Dubois (ed.) 1991; Kleiber 1990; Tsohtatzidis (ed.) 1990, etc.). Adelantándonos un poco a lo que vendrá en seguida, cabe señalar a este respecto que George Lakoff (1990) pone de relieve la existencia de una equivalencia topológica entre los espacios de base que sirven a la conceptualización metafórica, y los espacios meta; es decir, si conceptualizamos el tiempo metafóricamente en términos especiales, la organización del espacio se mantendrá en nuestra conceptualización del tiempo, a lo que llama *principio de invariancia* (Lakoff 1990). No es la primera ni la única vez (cfr. Lakoff 1977) que este autor utiliza conceptos tomados de la topología, disciplina que, como enseguida veremos, tiene una especial relevancia para mis fines en estas páginas.

La idea del isomorfismo como justificación o confirmación científica de la relación entre fenómenos sigue en pie, sin embargo, aun dentro de estos enfoques. Así, Talmy Givón (1991, 1998) habla de isomorfismo

entre la sintaxis y su “designatum mental”, aunque matice su afirmación un tanto en virtud de la codificación gramatical y el papel de la arbitrariedad. Desde esta perspectiva, la diferencia entre texto y oración se desviaría hacia una distinción entre los fenómenos lingüísticos más codificados (la sintaxis de la oración) y los menos codificados (el texto) que se corresponden bastante bien, además, con la diferencia observable entre el lenguaje escrito, normalizado, y el hablado, así como su propuesta, ya antigua, de distinguir lenguas más sintactizadas y otras más pragmáticas, tanto tipológica como históricamente.

Dejando a un lado de momento esta cuestión de la búsqueda de isomorfismos como método básico para enlazar fenómenos, la pregunta básica es *¿por qué tendrán que ser distintos los procesos que llevan a la construcción de oraciones y los conducen a los textos?* Propondré a continuación una respuesta apoyada en estudios como los mencionados, así como en algunos presupuestos básicos de lo que suele llamarse *lingüística cognitiva*. Y para ello utilizaré, en oposición al concepto de isomorfismo, entendido como fundamental para identificar una similitud científicamente demostrable entre dos fenómenos, el de *homeomorfismo*.

Supondremos que el proceso lingüístico comienza en un nivel intermedio entre el puramente lingüístico y el de la mera cognición; más o menos, lo que Dan Slobin (1996; cfr. también 1990) denomina *thinking for speaking*: pensar para hablar. No es el único autor que establece una distinción semejante, que es premisa básica de toda lingüística cognitiva e incluso de modelos funcionales como el de Simon Dik (cfr. 1987). Es decir, no partimos de la suposición de ninguna clase de estructura lingüística previa a la percepción y la cognición, ni independiente de ella; mucho menos del supuesto de que toda cognición es lingüística, de que el lenguaje es el pensamiento y viceversa, postura característica de quienes consideran la función representativa como la única o la fundamental del lenguaje. Al contrario, consideraremos que la cognición es previa al lenguaje, aunque éste puede influir a su vez sobre la cognición misma, igual que puede hacerlo cualquier otra forma de convencionalización cultural. Podemos decir también que el pensamiento que va a realizarse mediante el lenguaje adopta la forma de imágenes mentales de carácter unitario, gestáltico, aunque analizables en sus elementos (pero no al revés: la imagen gestáltica no puede obtenerse mediante composición).

Desde este punto de vista, no tiene por qué existir una diferencia entre texto y oración tan radical como se ha planteado. A fin de cuentas, el lenguaje se entiende desde esta perspectiva básicamente como un

producto de la cognición y, si no existe algo así como una gramática universal independiente del resto de la cognición, no está nada claro que los productos tengan que ser tan diferentes unos de otros.

Podemos enfocar la diferencia en términos de grados de complejidad. El principio básico será el siguiente:

La oración es el resultado de un conjunto de principios organizativos que operan sobre imágenes mentales que pueden definirse como simples, mientras que el texto es el resultado de los mismos principios sobre imágenes más complejas; puede suponerse la existencia de un continuo que no sólo separa la oración del texto, sino también los diferentes tipos de textos, las cláusulas de las oraciones simples, las oraciones simples de las complejas, etcétera.

Hago referencia a las imágenes mentales, es decir, a aquellos elementos cognitivos que se representarán lingüísticamente, pero la cuestión es más compleja; pues al hablar del texto, o del lenguaje en cuanto uso, tendremos que considerar también, simultáneamente, el carácter social de la comunicación. De manera que la complejidad del producto lingüístico no dependerá solamente de la complejidad de la imagen mental representada, sino también de la complejidad de la situación comunicativa misma. Aquí, sin embargo, me centraré en el aspecto cognitivo.

El punto de partida para la producción lingüística es, pues, la imagen mental de una situación, un estado de cosas, un suceso, un evento o como queramos denominarlo. Dicho sea de paso, y para evitar confusiones: repito que no se trata del “suceso de la realidad”, sino de la realidad filtrada por nuestra percepción y nuestra categorización y cognición a partir de la recepción y “preparada”, por así decir, para su transmisión lingüística. Desde luego, esa imagen mental habrá de tener otra forma distinta si ha de servir de punto de partida para una actividad no lingüística, por ejemplo, para la representación en forma de imágenes o para la matemática. El cerebro, por así decir, “se prepara de antemano” para el tipo de actividad concreta que va a realizar en cada caso.

Las diferencias de complejidad de esas imágenes tienen un reflejo claro en el lenguaje. Por ejemplo en la estructura argumental de los verbos. Estos no pueden tener más de cuatro argumentos, e incluso son rarísimos los verbos con este número, en muchas lenguas probablemente inexistentes y frecuentemente sometidos a discusión, pues no

está siempre clara la “obligatoriedad” de esos cuatro argumentos; mucho más numerosos los bivalentes y aún más los monovalentes, ahora bien, los argumentos también son pocos los de tres argumentos, mucho más numerosos los bivalentes y aún más los monovalentes. Ahora bien, los argumentos no son otra cosa que los participantes en los sucesos que nos representamos como imágenes mentales; si son más de cuatro, no habrá forma de representarlos en un elemento lingüístico condensado como es un verbo con sus argumentos, es decir, como una cláusula u oración simple, y habrá que llegar a las oraciones complejas y, si la complejidad es aún mayor, los textos.

Diremos que si la imagen mental es suficientemente simple, tendrá una representación lingüística de simplicidad equivalente, y que el aumento de complejidad de las imágenes lleva consigo un incremento paralelo en la complejidad de los elementos lingüísticos encargados de representarlas.

Podemos representar esta relación entre complejidades de la siguiente forma:

Mínima complejidad			Máxima complejidad	
Palabra	Cláusula	Oración	Oración compleja	Texto

No puedo evitar la comparación de este continuo con el propuesto por Maturana y Varela (1990: 174) para las entidades autopoiéticas:

Mínima autonomía de componentes		Máxima autonomía de componentes	
Organismos	Insectos sociales	Esparta	Sociedades humanas

Como señalan también estos autores, algo semejante sucede en otros niveles, por ejemplo en la menor autonomía de los componentes de un ser unicelular y la mayor autonomía que caracteriza a los policelulares según va creciendo la complejidad de éstos.

De modo que esta relación entre texto y otros elementos lingüísticos parece obedecer a principios básicos de la complejidad misma. Observemos que en ningún caso se llega a la existencia de fenómenos netamente *caóticos*, ni en el texto frente a la oración ni en la novela frente al relato breve, ni en la sociedad frente al organismo. La apariencia caótica de fenómenos como el texto o, más en general, el uso del lenguaje que hizo a Chomsky considerarlos *misterios* imposibles de estudiar científicamente, es simplemente la apariencia superficial de

todo fenómeno complejo: los llamados “fenómenos caóticos” se definen precisamente en términos de complejidad.

Pero es cierto que lo más complejo es más difícil de sistematizar, de estudiar con los medios científicos tradicionales, de ahí que surgieran las llamadas “ciencias de la complejidad” o “del caos”. Y, ciertamente, no es nada fácil identificar isomorfismo ninguno entre la estructura de las sociedades humanas y la estructura de los organismos, o entre los componentes de la ameba y los que integran al ser humano, incluyendo la actividad cognitiva de éste.

Quizá el problema está en que la noción de *estructura* es excesivamente rígida, así que, siguiendo a los autores chilenos mencionados, estableceremos una distinción entre la *estructura* y la *organización* de un ente o un fenómeno:

Se entiende por *organización* a las relaciones que deben darse entre los componentes de algo para que se le reconozca como miembro de una clase específica. Se entiende por *estructura* de algo a los componentes y relaciones que concretamente constituyen una unidad particular realizando su organización. (Maturana & Varela 1990:40).

Si consideramos la *organización* del texto y la oración, de texto y gramática, es fácil encontrar similitudes. Las diferencias estarán básicamente en sus *estructuras*, en las *realizaciones concretas* de esa organización común. Y esa diferencia estructural puede entenderse como consecuencia del distinto nivel de complejidad. De ahí que los tipos de texto menos complejos se aproximan también estructuralmente a las oraciones, que podamos identificar isomorfismos y que, en consecuencia, podamos elaborar gramáticas textuales pero, como hemos visto, solo para algunos tipos de texto muy convencionalizados y frecuentes que podemos caracterizar por su simplicidad. Podemos decir que entre fenómenos simples puede existir isomorfismo en sus estructuras, pero en los complejos se identificarán homeomorfismos en su organización.

Texto y oración, o en general cualesquiera fenómenos del lenguaje, poseerán según esto la misma organización, y será esta organización la responsable de su naturaleza misma como “fenómenos lingüísticos”. Ahora bien, el isomorfismo existe sólo entre estructuras. Recordaremos la definición: Una proyección biunívoca de un sistema algebraico sobre otro, que muestra que los sistemas poseen la misma estructura abstracta.

Mientras el concepto de isomorfismo (y el de estructura) es algebraico, la organización es fundamentalmente *topológica*: se refiere

a una entidad que es igual a sí misma pese a la existencia de perturbaciones. En lugar de isomorfismo, hablaremos de *homeomorfismo*, definido como sigue:

Se dice que los *espacios* topológicos T_1 y T_2 son homeomórficos, o topológicamente equivalentes, si existe una proyección f de T_1 sobre T_2 que es uno a uno y tal f como su inversa f^{-1} son continuas. Esa proyección f se llama un *homeomorfismo*. En efecto, dos figuras geométricas son homeomórficas si cada una puede ser transformada en la otra mediante una deformación continua, p.ej., el círculo, el cuadrado y el triángulo son *homeomórficos*, es decir, topológicamente equivalentes. (*Chambers*).

La equivalencia topológica nos permite captar las similitudes de organización entre fenómenos fenotípicamente diferentes; mi hipótesis es que también nos permite articular de forma comprobable (o, si lo preferimos, falsable) las relaciones entre el texto y la oración a partir de un mismo conjunto de principios organizativos, que en último término son cognitivos y social-culturales, y que se realizan de formas diversas como consecuencia directa e inmediata de la diferente complejidad de las imágenes mentales (y las situaciones socioculturales de comunicación) subyacentes.

Esto implica, entre otras cosas, que el texto no podrá describirse mediante sistemas de reglas, sino solo mediante *principios* flexibles y de carácter general, más abstracto que en el caso de las reglas. Esto lo venía proponiendo la lingüística textual desde hace años, en forma de las *estrategias* en cuyos términos se explicaba tanto la producción como la interpretación textual; en esos momentos el concepto de estrategia encontró una recepción muy negativa por parte de los practicantes de las gramáticas aunque los principios que caracterizaron más tarde a la gramática generativa, y más aún que se utilizan actualmente en el *modelo minimalista* se diferencian de las estrategias solamente en que no otorgan papel alguno al hablante, de modo que se producen automáticamente en función de las necesidades cognitivas de procesamiento. Ello apunta, en realidad, a la diferencia fundamental entre las gramáticas formales y las cognitivas, sean textuales u oracionales (aunque aquí la distinción es puramente operacional): para Chomsky, esos principios siguen siendo exclusivamente lingüísticos mientras que para los cognitivos se trata de principios generales, no exclusivos del procesamiento del lenguaje. Los principios que hemos de considerar en la

perspectiva que aquí nos anima tienen que ser, por lo tanto, generales, en cuanto compartidos con otros tipos de actividades cognitivas, deben permitir la intervención más o menos consciente del hablante en tanto en cuanto éste puede poner en práctica unos u otros en dependencia del contexto, el carácter mismo de la imagen mental que se va a representar, etcétera; es decir, seguiremos utilizando el concepto de estrategia aunque revisado ahora en un sentido más propiamente cognitivo.

Algunos de esos principios pueden encontrarse en ciertas propuestas de Talmy Givón (1985, 1991, 1998), así como en las de cognitivistas como Lagacker (1987, 1997) y Fauconnier (1997). Este último propone la *construcción de espacios mentales*, y muy especialmente la *combinación* (blending) como una herramienta cognitiva básica en el lenguaje; las construcciones se introducen por medio de marcadores especiales y al estar un espacio derivado de otro se produce una conservación de las características del espacio inicial, en forma semejante al principio de invariancia propuesto por Lakoff. En un espacio construido mediante combinación, parte de la estructura (yo preferiría decir *organización*) se mantiene en el espacio combinado; así, para tomar un ejemplo del mismo Fauconnier, hablamos de virus informáticos en términos de un espacio combinado a partir del espacio cognitivo de los ordenadores y el de los virus biológicos; la combinación no es idéntica con ninguna de esos espacios, pero mantiene ciertas características básicas de ambos, es decir, podemos referirnos a los virus informáticos en parte de la misma forma que a los biológicos: éstos contagian, puede hacerse necesario llamar a un especialista y aplicar un tratamiento, etcétera. Al mismo tiempo, podemos aplicar nuestro conocimiento de los ordenadores y decir algo así como “el virus amenaza con borrar la memoria del disco duro”. Ahora bien, este proceso, que posee un indudable interés explicativo para la gramática oracional (cfr. Fauconnier y Turner 1996), es igualmente válido en el nivel textual: es posible organizar una narración completa sobre los virus informáticos creando ese espacio combinado a partir de los dos espacios de base. La creación de espacios, sean o no combinados, utiliza ciertos elementos que pueden ser conjunciones o adverbios en la oración y que corresponden perfectamente (a veces mediante el uso de los mismos elementos) con los marcadores textuales. Un verbo como *crear* está especializado en la creación de un espacio mental (frente al espacio de la realidad), por ejemplo, tanto en el nivel de la oración (“creo que está enfermo”) como en el del texto, digamos que organizando una narración, una descripción o cualquier otra cosa en términos de las relaciones existentes entre un espacio de creencias y el espacio tomado “por defecto” como real.

Este principio de la construcción de espacios, aunque tiene un papel fundamental en el lenguaje, no es exclusivo de éste, sino que sirve para otras actividades cognitivas como el razonamiento no lingüístico (por ejemplo el matemático) y también para la representación artística: representamos algo en términos de otra cosa (jugamos con dos espacios) o bien realizamos la fusión de dos espacios en uno nuevo diferente en su conjunto a cualquier de ellos pero relacionado con ambos. Reúne, pues, las condiciones que hemos visto como deseables para un nuevo enfoque integrador, tanto de los niveles del lenguaje, como de éstos con el resto de nuestra actividad cognitiva.

Langacker, por su parte, propone algunos principios que él denomina “fenómenos psicológicos básicos” que, en consecuencia, no limitan su validez al lenguaje aunque también ellos sean fundamentales en éste. Su *entrenchment*, que preferimos denominar *automatización*, es el proceso general por el que “mediante repetición, una estructura compleja se hace manipulable como un conjunto “inmediatamente utilizable” (1997:1). Hemos visto que la diferencia entre la oración y el texto puede verse en términos de distinto grados de complejidad. Las oraciones representan imágenes mentales más simples y por ello mismo tienen mayores posibilidades de repetición, ya que el inventario de posibles procesos (representados principalmente por oraciones) es necesariamente menor que el de sucesos completos, integrados por una multiplicidad de procesos, que es lo que expresan los textos. Las oraciones, de este modo, pueden “automatizarse” con cierta facilidad, lo que, como en toda automatización permite un aprendizaje más rápido y fácil y una utilización también más sencilla (cfr. Bernárdez 1995). Estas unidades “inmediatamente utilizables” pueden poseer una organización tan bien definida que ésta adquiere el carácter de *estructura*. Más aún en los niveles inferiores, como el de los sintagmas; si el núcleo de un SN es un sustantivo, y éste corresponde a uno de los posibles tipos de participante en un determinado proceso, será cognitivamente conveniente que esté lo más automatizado posible, lo que se ve facilitado porque las formas en que un elemento puede participar en un proceso son aún más limitadas en número (esto encuentra una justificación clara en los trabajos lingüísticos basados en la Teoría de Catástrofes, en las “vías en una superficie de catástrofe” que subyacen a los arquetipos de Thom y a sus desarrollos por Per Aage Brandt (1994). Volviendo a lo que vimos más arriba, podremos decir que, a menor complejidad y mayor frecuencia, más posibilidad de automatización.

Más concretos son algunos principios propuestos por Talmy Givón, que serían responsables de la organización lingüística en cualquier ni-

vel, aunque él se limita a estudiar su significación gramatical (pero no podemos olvidar la aportación fundamental de Givón a los estudios textuales, mediante su análisis textual cuantitativo (cfr. Myhill 1992). Pero antes de entrar en una breve exposición de los mismos es preciso hacer una consideración que creo importante, Givón habla de isomorfismo, y ya hemos visto los problemas que esto acarrea. La solución que encuentra el autor norteamericano es considerar esos principios organizativos como característicos, no del lenguaje en general, sino de la *pre-grammar*, la *pre-gramática* que sería característica de formas de lenguaje anteriores al lenguaje escrito actual, tanto desde la perspectiva filogenética como ontogenética. Esa pregramática sería observable en los *pidgins*, ciertos estadios del lenguaje infantil, etcétera, en cierta confluencia con las ideas de Derek Bickerton (1990) aunque salvadas las diferencias entre ambos derivadas de sus diferentes visiones del lenguaje. Givón (1998:14) enfatiza la diferencia entre pre-gramática y gramática propiamente dicha; aquella estaría constituida por *convenciones* (que yo llamo *principios*), ésta por *reglas*; es decir, las convenciones poseen un grado más bajo de rigidez y automatismo, son más dependientes del contexto y más flexibles que las reglas que caracterizan fundamentalmente a la lengua escrita, tomada desde hace siglos como base para el estudio gramatical y sobre la cual se han elaborado las teorías más significativas del lenguaje. Además, las convenciones son más icónicas y no-arbitrarias: son cognitivamente transparentes. Esta distinción que hace Givón se corresponde muy bien con la existente entre las *reglas* sintácticas y las *estrategias* discursivas o textuales y parecería que el autor norteamericano continúa manteniendo la diferencia radical entre ambas. He de señalar, sin embargo, que la explicación filogenética que apunta Givón para el desarrollo del código, de las reglas, no es incompatible con la basada en la automatización de las acciones (lingüísticas o no) más frecuentes y más simples, que sigo en estas páginas (cfr. Bernárdez, en prensa).

Para mí, lo repito, la diferencia será debida a la complejidad y vendrá a la distinción entre estructura y organización. Y en lugar de considerar que se trata de principios de una pregramática correspondiente a un estudio anterior al del lenguaje propiamente dicho, entenderemos que se trata de la organización común a todos los fenómenos lingüísticos.

Me limitaré a continuación a presentar brevemente seis principios basados en los propuestos por Givón, que reúnen las características exigidas de generalidad cognitiva y aplicabilidad en cualquier nivel del lenguaje, específicamente el texto y la oración.

1. **Extensión.** *Como mayor sea la carga informativa de un elemento, mayor será su extensión física.* Este principio opera evidentemente desde el nivel de la percepción misma, y en el lenguaje tiene manifestaciones textuales y gramaticales semejantes aunque la realización (las estructuras concretas en que se materializa) sea diferente. Así, en el texto encontraremos que las partes más extensas, por ejemplo los párrafos más largos, corresponden sistemáticamente a elementos de mayor peso informativo en el conjunto. En un nivel intermedio entre la oración y el texto, vemos que aquellos elementos de la oración, por ejemplo los sintagmas nominales, que activan las partes de nuestro conocimiento (*esquemas o guiones cognitivos*) sobre las que se construye el texto, están caracterizados por una extensión mayor que la de los elementos que activan esquemas secundarios; aquí existe una correlación estadística clara que, sin embargo, aún no se ha estudiado sistemáticamente. El principio de la *extensión* actúa también en el nivel puramente oracional, en la estructura de la oración, de tal forma que los elementos cuyo papel semántico es más elevado poseen una mayor extensión y complejidad; en el caso más trivial, los elementos propiamente semánticos como verbos, sustantivos y adjetivos, que contribuyen la mayor parte del significado total de una oración, poseen una extensión mayor que aquellos con función secundaria, como conjunciones, adverbios, etcétera. No se trata aquí tan solo de, por ejemplo, el número de sílabas, pues hemos de considerar que los sintagmas no son sino desarrollos de sus núcleos, algo reconocido hasta en las gramáticas formales: la gramática aplicativa de Sebastián Saumjan formalizaba esta idea mediante el formalismo de la aplicación; el modelo minimalista de Chomsky retoma este procedimiento (sin mencionar la coincidencia, desde luego) y considera que un SN no posee una estructura sintáctica propia, como se hacía en la teoría de la X', sino que su estructura interna será simplemente la ampliación de lo que ya está latente en los sustantivos mismos. Tenemos así, incluso desde este punto de vista tan alejado del que presento en estas páginas, que la oración está formada por unos elementos semánticos dotados de una extensión que dependerá del papel de cada uno en el conjunto, de su aportación al conjunto, así como de otros elementos auxiliares de menor extensión. En otro aspecto, este mismo principio actuará en el nivel prosódico, proporcionando un mayor peso, a través de una mayor acentuación, a aquellos elementos que, dentro de una oración concreta, poseen una importancia más grande.

2. **Unidad formal-conceptual.** *Los elementos que forman una unidad conceptual tenderán a conformar también una unidad formal.* Acabo

de referirme a los sintagmas, que ahora podemos ver más claramente a la luz de este principio. La unidad formal que llamamos sintagma está integrada por elementos que corresponden también a una unidad de contenido. Pero sucede lo mismo con las oraciones: estas son unidades, a la vez, formales y conceptuales, integran un sentido y una forma o estructura; y así podemos seguir ascendiendo hasta el nivel global del texto, de tal manera que las unidades formales que podemos definir en él son siempre, al mismo tiempo, unidades conceptuales. La *gramática de construcciones* de Fillmore (cfr. Goldberg 1995) desarrolla este principio hasta sus últimas consecuencias, viendo la gramática como un inventario de construcciones que aúnan el aspecto formal y el conceptual de tal modo que una buena parte de las estructuras tradicionales puede verse en términos de construcciones automatizadas.

3. Distancia conceptual. *Cuanto más alejados conceptualmente estén dos elementos, mayor será la distancia (física) entre ellos.* Entre las formas de realización encontramos las pausas entre los elementos de la oración pero también la presencia de “separadores” en el texto; esto es, de elementos cuya función propia consiste en separar las partes en que aquél se divide. Por ejemplo, expresiones como *y ahora pasaremos a* están caracterizadas por esa función. De acuerdo con este principio, la extensión misma de los separadores textuales dependerá de la distancia conceptual entre los elementos que separan, y los separadores más breves (como *pero* o *ahora bien*) rompen una unidad conceptual en mucha menor medida que los más extensos (*a pesar de lo expuesto en las páginas anteriores*). En estos elementos separadores de los distintos niveles vemos bien la diferencia que se mencionó más arriba entre la organización de una unidad global y las formas concretas, las estructuras, en que esa organización se va a manifestar, que será más automatizada y en consecuencia más simple cuanto menor sea la complejidad conceptual de los elementos implicados.

4. Contigüidad. Un principio fundamental suficientemente conocido es el que determina que *dos elementos que mantienen entre sí una estrecha relación conceptual tenderán a aparecer en posiciones contiguas, y cuanto más próximos estén conceptualmente, tanto más lo estarán formalmente.* La organización global de los textos pone la contigüidad tan claramente de manifiesto que no es necesario entrar en muchos detalles; en el nivel de la oración las cosas están menos claras, pero su papel es patente. En algunas lenguas se trata, en realidad, del “procedimiento sintáctico” por excelencia, manifiesto en el orden de palabras dentro de las diversas unidades definibles en la oración. Ya que en una lengua como el castellano la presencia de marcadores

morfológicos puede oscurecer la relación, haciéndola aparecer subordinada a la morfología, tomaremos la siguiente oración en lengua indonesia, que carece de esos elementos morfológicos explícitos, y que significa “los niños llegaron a casa de su padre cuando el amigo ya se había ido”:

(Anak-anak) tiba (ke[rumah bapak])}{(kawan waktu[sudah pergil])}

niños llegar a casa padre cuando amigo (perf) marchar

A pesar de las posibilidades de alterar el orden no es posible mantener el mismo significado y, al mismo tiempo, romper la contigüidad de las subunidades principales; si *bapak* deja de estar unida a *rumah* y se sitúa en contigüidad con *kawan* (*kawan bapak*), el resultado será que “los niños llegaron a casa cuando el amigo de su padre ya se había marchado”. Si situamos el auxiliar *sudah* en contigüidad con *tiba*, tendremos que “los niños ya habían llegado a casa de su padre cuando su amigo se fue”. En lenguas con una morfología más compleja, este principio se combinará con los marcadores morfológicos en la representación del significado, pero no existe lengua que conozcamos donde no juegue siempre un papel relevante. Es algo conocido en otros términos: no existen lenguas con orden de palabras totalmente libre.

5. Importancia de la primera posición. Como es bien sabido, *la primera posición de una unidad cualquiera, la oración o el texto, posee un carácter especial, de manera que ahí suelen colocarse aquellos elementos que, de una forma u otra, serán imprescindibles para la comprensión del resto.* En los textos podemos tener una *introducción*, por ejemplo en la presentación de lugar y tiempo míticos y de personajes estereotipos en el cuento popular, que sirve para que el oyente sepa desde un primer momento el ámbito conceptual en el que se va a mover el resto del texto. Si, por ejemplo, tenemos tres hermanos que viven al lado del bosque, podemos suponer que las aventuras que siguen van a poner en evidencia a los mayores y que será el tercero quien salga triunfante, y que esas aventuras tendrán que ver con algún ogro u otro ser semejante que, en ese lugar y tiempo míticos, suele habitar el bosque. En el nivel de la oración encontramos que este principio se realiza en la *topicalización* o *tematización*, formas precisamente de poner de relieve aquello que va a desempeñar un papel de especial importancia en la oración; digamos, que el resto de ella “tratará” del elemento aparecido en primera posición. Esto es algo bien conocido desde hace tiempo y que tiene un papel de especial importancia en algunos modelos como el de la gramática funcional (Dik 1987), la diferencia es que aquí lo esta-

mos viendo como un principio, no de la estructura gramatical, sino de la organización del lenguaje, que actúa en todos los niveles aunque con realizaciones, diferentes y que tiene una correspondencia cognitiva ajena al lenguaje: efectivamente, ya en la percepción es más saliente y, en consecuencia, más perceptible lo que se encuentra en posición adelantada respecto al observador que aquello que ocupa una posición más retrasada, que en principio se considerará fondo (y recordaremos el papel primordial de la diferencia entre figura y *fondo* en todos los modelos lingüísticos cognitivos).

6. **Iconicidad.** Este principio estipula que *los elementos lingüísticos estarán organizados en la forma más próxima posible a la de los elementos de la realidad extralingüística que representan.* Como el anterior, este principio está también entre los más conocidos desde hace tiempo. Está claro el papel de la iconicidad, por ejemplo de la sucesión temporal, en la construcción del relato, de modo que una narración seguirá habitualmente el orden cronológico de los elementos de la realidad que se representan lingüísticamente. En la descripción, aunque no existen aún estudios suficientemente sistemáticos al respecto, parece que ésta se produce de manera icónica con la percepción, de tal manera que los elementos de la realidad se irán presentando en el texto descriptivo siguiendo el orden en que la atención va recayendo sobre ellos, como se pone de manifiesto en una investigación actualmente en curso en la que participo.

La investigación en lingüística y ciencia cognitiva va proporcionando nuevos principios generales como los que acabamos de ver y, lo que puede ser aún más importante, van estableciendo las relaciones entre ellos de tal modo que vamos acercándonos a un conocimiento cada vez más profundo, no solo de la organización del lenguaje, sino también del funcionamiento de la cognición humana.

Hemos visto también que las diferencias entre el texto y la oración no se deben a que ambos sean realidades completamente distintas, como se llegó a entender en lingüística, sino a que representan condiciones diferentes de aplicación de unos mismos principios generales en función de la complejidad. En el texto son difícilmente identificables estructuras tan rígidas como las que encontramos (o creemos encontrar) en la gramática y en la oración, algo reflejado en la oposición regla-estrategia y en la enorme diversidad existente entre los textos, pero esto mismo lo encontramos en otros fenómenos de componentes: los individuos de una sociedad son más autónomos que los miembros del cuerpo humano, pero éstos lo son mucho más que los componentes de una

ameba. La equivalencia con lo que sucede en el lenguaje es llamativa: los elementos del texto poseen cierta autonomía, que es indudablemente mayor que en los constituyentes sintácticos de la oración. Y éstos a su vez son más autónomos que las palabras que constituyen los sintagmas; y los morfemas que integran la palabra apenas poseen autonomía alguna, que acaba por desaparecer en los elementos lingüísticos más simples: las sílabas y los fonemas. De modo que tenemos un continuo en las formas de organización lingüística que acompaña al aumento de la complejidad de las imágenes mentales que representan:

Mínima complejidad	Máxima complejidad
de imágenes mentales	de imágenes mentales
fonema sílaba palabra sintagma cláusula oración compleja textos.....	

Los puntos suspensivos que acompañan a “textos” indican que éstos no serán todos de la misma complejidad, algo perfectamente sabido, sino que encontraremos también en ellos una graduación aunque seguirá correspondiéndose con la complejidad de las imágenes mentales que representan y con su estructuración.

7. Conclusión

A partir de esta breve revisión de algunos principios que rigen la organización del lenguaje es posible establecer las siguientes hipótesis; o, si queremos, predicciones. Estas pueden confirmarse o desconfirmarse, incluso mediante análisis estadísticos, lo que se encuentra en perfecta correspondencia con el carácter topológico del enfoque seguido (Bernárdez 1995).

(1) Desde existir una correlación sistemática entre el funcionamiento de los principios organizativos en el texto y la oración.

(2) Esta correlación puede medirse: en relación a los principios de contigüidad y separación de los elementos del texto y la oración, por ejemplo, podemos predecir que la relación entre distancia conceptual y extensión de las separaciones debe mantenerse constante entre oración y texto, haciendo la salvedad de las distintas escalas.

(3) Cuando más simples sean las imágenes mentales representadas lingüísticamente, mayor nivel de automatización o codificación podrá existir.

BIBLIOGRAFÍA

- Adam, J.-M. 1992. *Les Textes: types et prototypes*. Paris: Nathan.
- Apresjan, Jurij D. 1974. *Leksiceskaja semantika*. Moscú: Nauka.
- Baker, Mark C. 1988. *Incorporation*. Chicago: the University of Chicago Press.
- Bernárdez, Enrique. 1995. *Teoría y epistemología del texto*. Madrid: Cátedra.
- . 1996. La lingüística y la gramática en relación con la enseñanza de la lengua y la literatura. *TEORÍA/CRÍTICA* 3:397-407.
- (en prensa). *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Alianza.
- Bickerton, Derek. 1990. *Language and Species*.
- Brandt, Per Aasage. 1992. *La charpante modale du sens*. Aarhus: Aarhus University Press.
- . 1994. *Dinámicas del sentido. Estudios de semiótica modal*. Aarhus: Universidad de Aarhus.
- Chomsky, Noam A. 1992. Dik, Simon, 1987. *The Theory of Functional Grammar*. Dordrecht: Foris. *The Minimalist Program*. Harvard: Harvard University Press.
- Dik, Simon, 1987. *The Theory of Functional Grammar*. Dordrecht: Foris.
- Dubois, D. (ed.) 1991. *Sémantique et cognition*. Paris: CNRS.
- Givón, Talmy. 1991. Isomorphism in the grammatical code: cognitive and biological considerations. *Studies in Language* 15-I:85-114.
- 1998. Literacy and Grammar. Conferencia en la Fac. Filología, UCM, 18 marzo
- 1995. *Functionalism and Grammar*. Amsterdam: John Benjamins.
- Fauconnier, Gilles. 1997. *Mappings in Thought and Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Mark Turner. 1996. Blending as a central process in grammar. In Adele Goldberg, ed., *Conceptual Structure, Discourse, and Language*. Stanford: CSLI/ Cambridge University Press, pp.
- Foley, William A. 1991. *The Yimas Language of New Guinea*. Stanford: Stanford University Press
- Goldberg, Adele E. 1995. *Constructions. A construction grammar approach to argument structure*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Karaulov, Jurij N. 1993. *Associativnaja grammatika russkogo jazka*. Moscú: Russkij Jazyk.
- Kleiber, Georges. 1990. *La sémantique du prototype*. Paris: PUF.
- Lakoff, George. 1977. Linguistic Gestalts. *CLS* 13: 236-287.

-1990. The Invariance Hypothesis. *Cognitive Linguistics* 1: 39-74.
- Langacker, Ronald W. 1987. *Foundations of Cognitive Grammar*. Vol.1, *Theoretical Prerequisites*. Stanford University Press.
-1997. *A Dynamic Usage-Based Model*. Conferencia en la UCM.
-1998. *Indeterminacy in Semantics and Grammar*. Conferencia en el I congreso de AELiCO, Alicante.
- Maturana, Humberto; Fernando Varela. 1990. *El árbol del conocimiento*. Barcelona: Debate (1996).
- Mel' cuk, I.A. Zolkovskij 1970. Towards a functioning meaning-text model of language. *Linguistics* 57, 10-47.
- Myhill, John. 1992. *Typological Discourse Analysis*. Oxford: Blackwell.
- Rickheit, G. (ed) 1991. *Kohärenzprozesse*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
-y H. Strohner. 1992. Towards a cognitive theory of linguistic coherence. *Theoretical Linguistics*: 209-237.
- Slobin, Dan. 1990. Learning to think for speaking: Native language, cognition and rhetorical style. En: *Actas I Simposio sobre Cognición, Lenguaje y Cultura*; A. Bocaz (ed): 129-152. Santiago: Universidad de Chile.
-1996. From "thought and language" to "thinking for speaking". En *Rethinking Linguistic Relativity*, eds. J.J. Grumperz, S.C. Levinson: 70-96. Cambridge University Press.
- Tsohatzidis, S.L. (ed) 1990. *Meanings and Prototypes*. London: Routledge.
- Wildgen, Wolfgang. 1994. *Process, Image, and Meaning*. Amsterdam: John Benjamins.